

REPORTAGE



HISPANIA

REVISTA MENSUAL LITERARIA Y ARTÍSTICA

Director - propietario :

HERMENEGILDO MIRALLES

Director literario :

EZEQUIEL BOIXET

Director artistico :

FRANCISCO MIQUEL y BADÍA



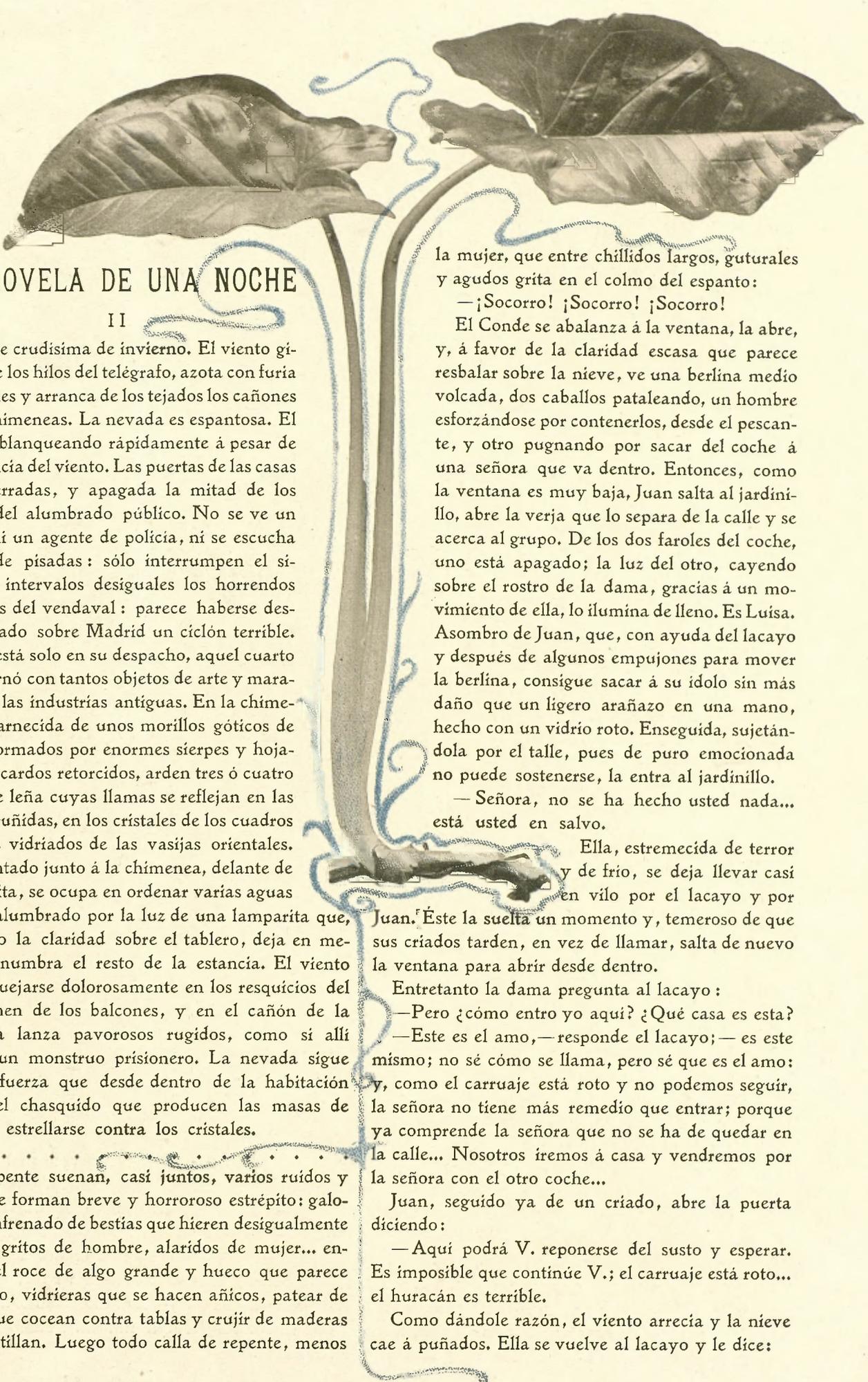
SUMARIO

LA NOVELA DE UNA NOCHE	por J. O. Picón; ilustración de Vazquez y Mas y Fondevila
MATER DOLOROSA	por M. Morera y Galicia; ilustración de A. Clapés
EL GUADARRAMA	por Rodrigo Soriano; ilustración de J. Morera y Galicia
Excmo. Sr. D. MANUEL DURAN Y BAS.	por Ramón Casas
CITA DE CAZA	por F. Domingo

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ORILLAS DEL TER	por J. Pahissa
MERCADO DE PALMAS EN BARCELONA	por Mas y Fondevila





LA NOVELA DE UNA NOCHE

II

Noche crudísima de invierno. El viento gime entre los hilos del telégrafo, azota con furia los árboles y arranca de los tejados los cañones de las chimeneas. La nevada es espantosa. El piso va blanqueando rápidamente a pesar de la violencia del viento. Las puertas de las casas están cerradas, y apagada la mitad de los faroles del alumbrado público. No se ve un sereno ni un agente de policía, ni se escucha rumor de pisadas: sólo interrumpen el silencio a intervalos desiguales los horrendos bramidos del vendaval: parece haberse desencadenado sobre Madrid un ciclón terrible.

Juan está solo en su despacho, aquel cuarto que adornó con tantos objetos de arte y maravillas de las industrias antiguas. En la chimenea, guarnecida de unos morillos góticos de hierro formados por enormes sierpes y hojarasca de cardos retorcidos, arden tres ó cuatro trozos de leña cuyas llamas se reflejan en las armas bruñidas, en los cristales de los cuadros y en los vidriados de las vasijas orientales. Juan, sentado junto a la chimenea, delante de una mesita, se ocupa en ordenar varias aguas fuertes, alumbrado por la luz de una lamparita que, arrojando la claridad sobre el tablero, deja en medrosa penumbra el resto de la estancia. El viento parece quejarse dolorosamente en los resquicios del maderamen de los balcones, y en el cañón de la chimenea lanza pavorosos rugidos, como si allí hubiera un monstruo prisionero. La nevada sigue con tal fuerza que desde dentro de la habitación se oye el chasquido que producen las masas de copos al estrellarse contra los cristales.

De repente suenan, casi juntos, varios ruidos y voces que forman breve y horroroso estrépito: galopar desenfrenado de bestias que hieren desigualmente el suelo, gritos de hombre, alaridos de mujer... enseguida el roce de algo grande y hueco que parece arrastrado, vidrieras que se hacen añicos, patear de bestias que cocean contra tablas y crujir de maderas que se astillan. Luego todo calla de repente, menos

la mujer, que entre chillidos largos, guturales y agudos grita en el colmo del espanto:

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

El Conde se abalanza a la ventana, la abre, y, a favor de la claridad escasa que parece resbalar sobre la nieve, ve una berlina medio volcada, dos caballos pataleando, un hombre esforzándose por contenerlos, desde el pescante, y otro pugnando por sacar del coche a una señora que va dentro. Entonces, como la ventana es muy baja, Juan salta al jardinillo, abre la verja que lo separa de la calle y se acerca al grupo. De los dos faroles del coche, uno está apagado; la luz del otro, cayendo sobre el rostro de la dama, gracias a un movimiento de ella, lo ilumina de lleno. Es Luísa. Asombro de Juan, que, con ayuda del lacayo y después de algunos empujones para mover la berlina, consigue sacar a su ídolo sin más daño que un ligero arañazo en una mano, hecho con un vidrio roto. Enseguida, sujetándola por el talle, pues de puro emocionada no puede sostenerse, la entra al jardinillo.

— Señora, no se ha hecho usted nada... está usted en salvo.

Ella, estremecida de terror y de frío, se deja llevar casi en vilo por el lacayo y por Juan. Éste la suelta un momento y, temeroso de que sus criados tarden, en vez de llamar, salta de nuevo la ventana para abrir desde dentro.

Entretanto la dama pregunta al lacayo:

— Pero ¿cómo entro yo aquí? ¿Qué casa es esta?

— Este es el amo, — responde el lacayo; — es este mismo; no sé cómo se llama, pero sé que es el amo: y, como el carruaje está roto y no podemos seguir, la señora no tiene más remedio que entrar; porque ya comprende la señora que no se ha de quedar en la calle... Nosotros iremos a casa y vendremos por la señora con el otro coche...

Juan, seguido ya de un criado, abre la puerta diciendo:

— Aquí podrá V. reponerse del susto y esperar. Es imposible que continúe V.; el carruaje está roto... el huracán es terrible.

Como dándole razón, el viento arrecia y la nieve cae a puñados. Ella se vuelve al lacayo y le dice:



— Bueno... pues levantad esos pobres animales y volved por mí en cuanto podáis: esto no puede durar.

La dama y el caballero entran en el cuarto de éste. Juan toca, al pasar, una llave de la luz eléctrica, y la estancia queda inundada de intensa claridad. Luisa intenta dejarse caer en la primer butaca que encuentra; pero él, sin soltarla del brazo, la lleva hasta el centro. Ella, al sentir la grata tibieza de la atmósfera, se quita el largo abrigo de raso verde mirto forrado de pieles blancas con que viene cubierta, y aparece elegantísimamente vestida, aunque toda arrugada y con algún que otro desgarrón. Traje amarillo, muy claro, de gasa, adornado con racimos de flores y hojas de acacia; nada de alhajas; maravillosamente peinada á grandes ondas; el escote,

aunque de forma moderna, tan abierto como en el famoso retrato. Juan acerca una butaca á la chimenea y hace ademán de ofrecérsela á Luisa. Esta, tiritando todavía y temblorosa del susto, se sienta: Juan permanece de pie á su lado, y entablan el diálogo siguiente:

Ella.— ¡ Aun me tiemblan las carnes ! ¡ Creí que era el último instante de mi vida !

Él.— Ya pasó. Afortunadamente V. no se ha hecho nada. El coche es el que ha quedado mal parado.

Ella.— Eso es lo de menos. Lo que á mí me azora es esto... este modo de meterme aquí, de causarle tanta molestia, á estas horas... su familia... Por Dios que no se despierte á nadie... Pronto vendrán á buscarme.

El.—Señora, vivo solo; y, aparte el susto sufrido... yo doy gracias á Dios...

Ella.—No sé cómo no me he matado... Venían muy de prisa, y de pronto han echado á correr, locos... No había modo de parar, y de repente choca el coche contra el farol, vuelca... (yo creo que ha debido venir arrastrando más de cuarenta pasos)... y esos pobres... ¡Jesús, qué miedo!

Suena un golpe en la puerta y aparece el criado de Juan diciendo:

—Señora: los muchachos no se han hecho nada y los caballos muy poco, unas rozaduras. Ya se los llevan paso á paso. El coche hay que dejarlo ahí. Dice el cochero que en cuanto calme el tiempo, que está peor que antes, vendrá por la señora con el otro coche, con la victoria; pero que, como es abierto, teme que la señora tenga frío.

Ella (*riendo*).—Nada... voy á tener que quedarme.

El.—Ya lo ve V., señora: no hay remedio. Pero veo que está V. todavía nerviosa... ¿Quiere V. tía, te?... ¿Desea V. descansar? No puedo ofrecerla más que mi propio dormitorio, un cuarto de hombre solo.

Ella.—Nada, nada más que estar aquí al calor de la lumbre. Esperaré lo que sea preciso. Lo que siento es molestar. Hoy se queda V. sin dormir.

El.—Señora, la situación haría ofensiva toda galantería excesiva; pero... V. no puede molestar. La noche ha sido cruel con todo el mundo, y á mí me trata como á un hijo mimado.

Ella (*comenzando á sentir calor y retirando hacia atrás la butaca, al mismo tiempo que pasea la mirada por el cuarto, lleno de preciosidades artísticas*).—¡Jesús bendito! ¡Cuánta cosa aquí!... ¡Si parece esto un almacén de antigüedades!

El (*sorprendido ante la simpleza que acaba de oír y procurando disimular el mal efecto que le produce aquella muestra de poco tacto y de ignorancia*).—Me gusta todo lo antiguo... cuando es mejor ó tiene más carácter que lo moderno.

Ella.—Es que los hombres son ustedes muy raros: no les gustan á ustedes las mujeres de medio siglo y buscan muebles y cacharros de quinientos años. ¡Si esto debe de valer un dínal!

El.—Algo: en mis viajes he comprado bastante, y, además, anejo á la casa y título de mis padres había también mucho de lo que V. ve.

Ella (*cogiendo al vuelo lo del título*).—¡Ah! ¡Vamos! Usted es el Conde de Plateruela. Ha venido usted á Madrid para un pleito... y no se trata V. con nadie. He oído hablar de V. á mucha gente. Todo el mundo se sorprende de que haga V. vida tan retirada.

El.—Es verdad: no voy á ninguna parte. ¡Es tan difícil reanudar relaciones al cabo de cierto tiempo! Casi no me he tratado, desde que llegué, más que con anticuarios y preñeros.

Luisa permanece callada unos instantes, sin saber dar el giro que quiere

á la conversación. Luego, levantándose como cansada del asiento, se acerca á la pared, mira un cuadro y pregunta:

Ella.—Y ¿qué representa esto?

El.—Lucrecia.

Ella.—Pues en la ópera no salen así: estos trajes parecen los que sacan en *Polliuto*.

El.—Es que esta Lucrecia es la antigua: la de la ópera es del siglo quince.

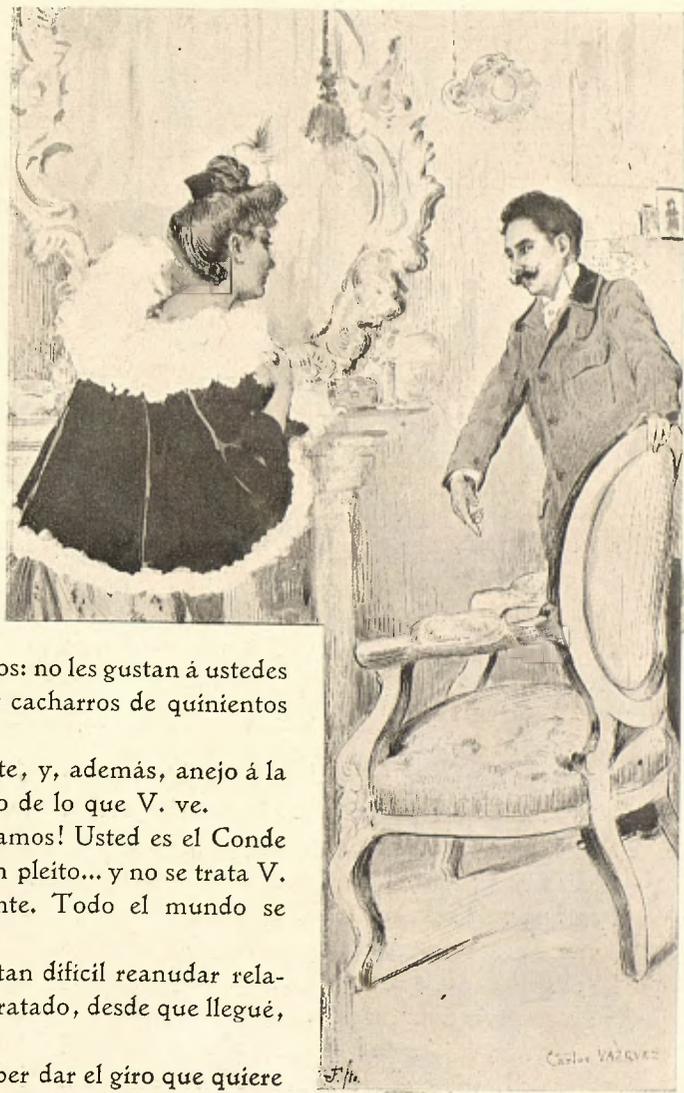
Ella.—Lo mismo da. Tiene V. muchos cuadros. Y ¿cuántas mujeres desnudas!

El.—Pero no verá V. una sola que sea... así, vamos, indecorosa.

Ella.—¿Qué afición tienen ustedes todos los hombres á esto!

El.—Como que el desnudo de mujer es la expresión suprema de la belleza...

Ella.—Sí: con eso de que es arte llenan ustedes las casas de... (En este momento se le cae el pañuelo de encaje que llevaba en la mano, y ambos se inclinan para cogerlo. Á ella, por el movimiento que



hace al bajarse, se le sube mucho el pecho. El lo nota, Luisa adivina la mirada de Juan, y, sin embargo, ni se sonroja ni se turba, haciéndole experimentar una impresión doble y contraria: lo que acaba de descubrir le parece propio de una diosa, pero su impudor le hace daño: con poco que se hubiese ruborizado, el efecto hubiera sido mayor.)

Ella (*acercándose a un balcon del cual levanta un visillo, quitando con los dedos el vapor acumulado sobre los cristales*). — Sigue nevando. Afortunadamente, no tengo padre por quien sentir inquietud ni desasosiego; pero me da miedo serle á V. molesta.

El. — Por Dios, señora, que no se ocurra á usted eso. Más triste es lo otro.

Ella. — ¿Qué? ¿Vivir sola? Se equivoca V. Si á los hombres les gusta tanto la libertad, ¿por qué no ha de gustarnos á nosotras, sobre todo á las que ya sabemos lo que es la vida? La soledad no me pesa: quien está solo escoge la compañía que quiere, y quien está acompañado sufre la que tiene.

Juan va de sorpresa en sorpresa: cuanto sale de labios de Luisa le parece señal de espíritu frío y poco femenino. Sin saber sobreponerse á la mala impresión que le preocupa, y casi sin pensar, dice:

— Claro es que hay situaciones... esta por ejemplo... en que vale más ser libre. Si ahora estuviere usted casada no mostraría tanta tranquilidad. Esto que ha sucedido, aunque no tiene nada de particular, podía no gustarle á su marido.

Ella. — ¡Ay, hijo mío! Usted no me conoce. Si estando casada me hubiere sucedido esto, me vería

usted tan tranquila: tenía yo bien acostumbrado á mi difunto... y si se impacientaba ó se enfadaba... pues... yo, tan fresca.

El (*procurando que siga dándose a conocer*). — Bueno... con el marido se puede ser algo dura... pero si tuviere V. hijos no pensaría lo mismo.

Ella. — ¡Niños! No hable V. de eso: nada más que de pensarlo se me pone carne de gallina.

El. — ¿Por qué?

Ella. — Será todo lo natural y hasta poético que usted quiera: la maternidad... ¡un sacerdocio!... corriente; ustedes que... no sufren las consecuencias; pero ¡nosotras! Lo primero que le sucede á una es que se le desfigura el talle, que no puede vestirse como quiere, que tiene que pasar una temporada larga alejada de toda clase de diversiones ó presentarse hecha un mamarracho, luego ponerse á punto de muerte... Y no hablemos de las que tienen el mal gusto de criar y se les estropea el pecho, y engordan hasta ponerse como un bombo ó adelgazan hasta quedarse en los huesos...

El desencanto de Juan sigue crecien-

do. Hay momentos en que no sabe lo que le hace más daño: si la enormidad de las ideas ó el desenfado y la repugnante naturalidad del lenguaje. Luisa sigue hablando refiriéndose á una de las últimas frases de Juan.

Ella. — Ha dicho V. antes que si ahora estuviere casada: luego sabe V. que soy viuda, luego me conoce V.

El (*comprendiendo que no puede negar, y al mismo tiempo hablando con un poquillo menos de temor y*



respeto).—La conozco á V. mucho: acaso más de lo que conviene á mi tranquilidad.

Ella.—Eso es poco galante. Y ¿donde nos hemos encontrado?

El.—En ninguna parte. La he visto á V. pasar por delante de estas ventanas, desde hace seis meses, todos los días á las mismas horas. Por la mañana á las once va V. hacia Madrid: á la una está V. de vuelta; por la tarde sale V. á las cinco y media ó las seis, y vuelve V. á las ocho; por las noches... también sale V. mucho.

Ella.— ¡Como que la casa se me viene encima! No sé cómo hay mujeres que puedan vivir metidas en casa. Pero vamos á cuentas: para saber todo eso... señal de que se pasa V. la vida en la ventana espiándome.

El (*recogiendo velas*).—Es que trabajo en este cuarto y tengo siempre las ventanas abiertas.

Ella.—Y ¿trabaja V. en esta mesa?

El.—Aquí mismo.

Ella.—Pues, amiguito, desde aquí no se ve la calle.

Turbación de Juan: mirada indefinible de Luisa: momentos de silencio embarazoso para ambos.

Ella (*de pronto y con la mayor frescura*).—Vaya, esto es capítulo de novela: ahora vamos á salir con que... No sé cómo decirlo... y para hacer que lo ignoro es tarde.

El (*bromeando*).—Atrévase V.

Ella.—Yo no tengo que atreverme: usted es quien acaba de confesar que se pasa el día en la ventana para verme pasar. Y ¡poco que se habrá usted alegrado de la nevada y de que se me haga trizas el coche!

El.—Yo no he dicho que me asome para eso.

Ella.—Pero lo ha hecho V.

Juan calla: Luisa mira de nuevo hacia la calle, ve que el temporal no cesa, y dice suspirando con mucha coquetería y monada:

Ella.— ¡A que tengo de quedarme aquí!

Juan hace movimiento de ir á hablar y se contiene.

Ella.—Iba V. á decir... «ojalá».

Juan se queda enteramente desconcertado. Cree que en su propia casa no debe permitirse la menor osadía, y al mismo tiempo está ya convencido de que Luisa no es la que él imaginó. Al cabo de un rato habla, por no parecer tonto, comprendiendo que no galantearla es casi una grosería.

El.—Lo principal es que no se ha hecho V. daño y que yo he tenido esta grandísima suerte.

Ella (*afectando modestia*).— Á cualquier cosa llaman suerte los hombres: suerte sería si yo le importare á V. algo y sin saberlo me hubiere metido en la boca del lobo.

El.—Pero ¿V. me supone capaz de devorarla?

Ella.—Y ¿V. cree que hay devoradas si ellas no quieren?

Juan ve que puede llevar la conversación al terreno que le convenga. Luisa no es de las que se asustan, pero él siente invencible repugnancia á convertir en aventura vulgar lo que había comenzado en su pensamiento con tanta poesía. Luisa le parece ya una de dos cosas: conquista de fácil logro, y por consiguiente sin grandes atractivos, ó mujer de esas que, aunque por frialdad natural no se rinden nunca, tienen particular vanidad y deleite en trastornar á los hombres dejándoles desear mucho para no conceder nada. Sigue gustándole físicamente. Repuesta del susto, con la fisonomía animada después de haber entrado en calor junto al fuego de la chimenea, algo descompuesto el peinado por el desorden y luciendo desnudos los brazos y gran parte del pecho y la espalda, está preciosa; además, sus movimientos y ademanes tienen cierta languidez que sin ser francamente provocativa, aleja todo temor de fiereza ó esquivéz; y esto, que bastaría para seducir á otro hombre, á Juan, que se había fingido distinto tipo moral, le deja pensativo. El desencanto es en él más poderoso que la voz de Luisa, que anda por el cuarto mirándolo todo, se acerca al mueblecillo de mosaicos donde, medio oculto por un esmalte italiano, habrá puesto Juan el retrato que le mandó el fotógrafo: lo ve y se sorprende hasta lo infinito. El asombro que experimenta y la expresión que adquiere su fisonomía son de imposible descripción. Coge el retrato, se pone con él en la mano bajo la lámpara que hay en el centro de la habitación, y exclama:

— ¡Ave María Purísima! ¿De dónde ha sacado usted esto? ¿Quién se lo ha dado...? ¿Con qué derecho? Y, sobre todo, lo absurdo, lo incomprendible, lo criminal... ¡Sí yo me retraté con Pepita...! porque fuimos juntas. ¿Cómo estoy aquí sola? ¿Qué explicación puede tener esto sino que V. ha sobornado al fotógrafo? ¡Díos mio, á lo que estamos expuestas!

Juan (*humildemente, comprendiendo que es inútil negar*).— Es verdad: no quiero mentir.

Ella.— ¡Y decía V. que no se asomaba para verme pasar! Razón tuve al sospechar que me había metido en la boca del lobo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué diabluras habrá V. hecho y cuánto le habrá dado al fotógrafo para que borre del cliché á Pepita! Por supuesto que cuando ha suprimido V. á mi amiga es que no podía oír nadie lo que dijese V. á mi retrato. Le aseguro á usted que no espero que me ocurra en la vida nada parecido. ¡Sea V. señora, viva V. en su rincón, para que luego vendan el retrato como si se tratare de una cualquier cosa!

Juan, aunque desilusionado, para aprovechar la ocasión no tiene más remedio que mostrarse á la altura de las circunstancias.

El.—Señora, y ¿yo qué culpa tengo de que la pusieran á V. allí tan elegante y tan... Quizás no le falte á V. motivo para enfadarse, pero ya supondrá V. que cuando un hombre ve una cosa así, lo primero que se le ocurre es llevarse la á su casa... á falta de...

Ella (*deseando que acabe*).— Eso no quiere decir nada. Hay quien colecciona retratos de mujeres, hasta de las cajas de fósforos. Lo que no se ha visto nunca es lo que V. ha hecho. Y... ¡luego para meterme detrás de un cuadro viejo!

El.— Señora, no lo desprecie V.: ¡es un esmalte florentino del siglo diez y seis... como no lo tiene el Louvre!

Ella.— Pero, hombre de Dios, ¿cree usted que yo puedo permanecer aquí ahora, aunque nieve más que en Suiza?

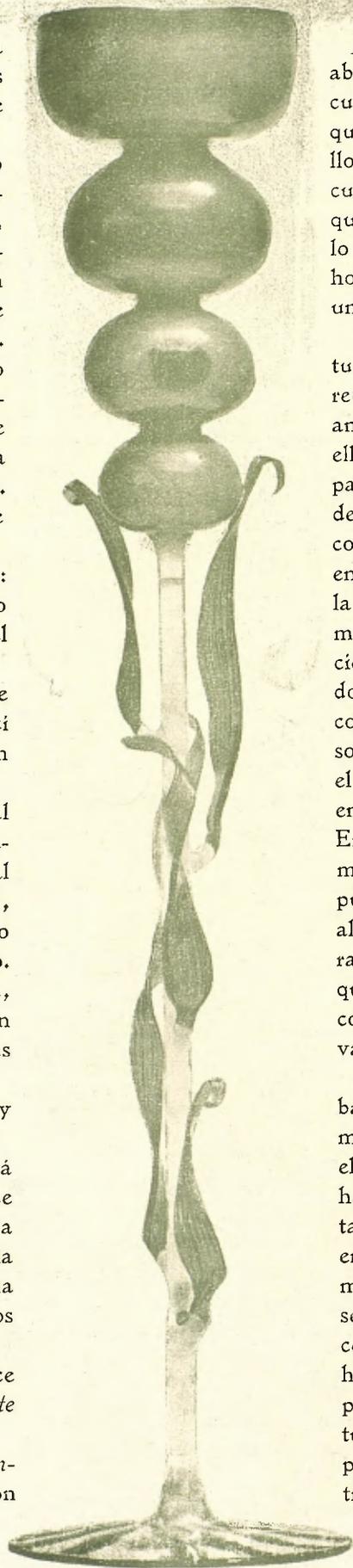
Sin soltar el retrato, se dirige al balcón, ve que el temporal ha calmado mucho, y contrariada vuelve al centro de la habitación sin decirlo, obstinada en seguir manifestando gran enojo y fruncido el entrecejo. Su mirada se esfuerza en ser severa, y en el fondo del alma piensa con envidia en las que se ponen coloradas cuando quieren.

Comienza á amanecer, no nieva y ha parado el viento.

El.— En fin... estoy dispuesto á desenfadarla á V. en la forma que mande: usted es el cuchillo y yo la carne... Pero acuérdesse V. de que la carne es pecadora... Resuelva V. la penitencia mientras dispongo que nos traigan unas tazas de te.

Ella.— No, por Dios... ¿Le parece á V. que yo puedo quedarme *en tête à tête* con un...

El.— Dígallo V., señora (*bromeando*)... con un ladrón. Este ladrón es capaz de robar un retrato, pero sabe que el original es sagrado, mientras la interesada no dispone otra cosa.



Juan sale del cuarto. Luisa entonces abarca de una mirada rapidísima cuanto le rodea, como si con los ojos quisiera tomar posesión de todo aquello. Los bronce, muebles, tapices, cuadros y sedas crean un conjunto que respira bienestar y riqueza. Todo lo que hay allí denota que Juan es un hombre acostumbrado á vivir como un gran señor.

Sobre la chimenea hay dos miniaturas encerradas en un solo marco, retratos de una señora y un caballero ancianos. Basta verlos, sobre todo á ella, para comprender que son los padres de Juan. En la parte superior del doble marco hay una coronita condal de bronce dorado. Luisa se fija en ellos, en su parecido con Juan... en la corona. En seguida espacia y derrama de nuevo la mirada por la habitación, y rápidamente, como obedeciendo á un impulso súbito é irresistible, coloca su propio retrato, que no había soltado ni suelta de la mano, tapando el de los dos ancianos, de modo que encima de él viene á quedar la corona. Entonces sonríe á flor de labio, de un modo casi imperceptible; cierra un punto los ojos, y siente que sobre su alma toda pasa una deliciosa llamada de orgullo. Aquello no dura mas que un segundo: es la visión fugaz con que la ambición halaga á la vanidad.

Luego se sienta en una butaca muy baja, presentando los pies, y algo más, al calor del fuego; se queda con el retrato en la falda, y, echando hacia atrás la cabeza, deja caer lentamente los párpados, mientras el enorme espejo colocado sobre la chimenea reproduce entera su figura. Al sentarse, la falda se le ha quedado ceñida, modelando como un paño húmedo lo que oculta. Tapándose pudorosamente el escote, cual si tuviere frío, se ha puesto el tenue pañolito de encaje bajo el cual se transparenta la carne. Sobre su rostro deja flotar la expresión de una serenidad dulcísima.

De pronto entra Juan, la ve, hace un esfuerzo para dominar

la impresión que recibe, y dice refiriéndose al te :
— Ya lo traen.

En seguida alarga la mano para coger de la falda el retrato. Luisa lo sujeta fuertemente y procura fingir una turbación que no experimenta.

— No, no puede ser: es mío.

El. — Por eso lo quiero.

Ella (*con triste severidad*). — ¿Qué mujer imagina usted que soy yo? Si no me lo deja usted llevar déjeme V. que lo quemé. (*Hace ademán de tirarla a la chimenea, y Juan lo estorba cogiéndole un brazo suavemente*).

En aquel instante un criado golpea discretamente la puerta y, obtenida la venia de su amo, entra sosteniendo en ambas manos un magnífico servicio de te, de plata. Luisa se queda con el retrato. El criado deja la bandeja en un velador y dice al retirarse:

El cochero de la señora acaba de llegar: trae una berlina de unos señores vecinos de la señora, que la mandan porque se han enterado de lo ocurrido.

Ella (*cuando se quedan solos*). — ¡Qué vergüenza! ¡Lo va a saber todo Madrid! ¡Estoy perdida! ¡Cualquiera convence a las gentes de cómo y por qué he entrado aquí! ¡Dios mío!

Parece presa de una emoción intensa: su pecho se alza y se deprime por una respiración de fatigosa intranquilidad admirablemente fingida. Sin soltar el retrato, se dirige rápidamente a la butaca donde al entrar dejó el abrigo, se lo hecha sobre los hombros, y se dirige hacia la puerta exclamando:

— Ni un minuto más... El te lo tomaremos otro día, en mi casa. De algún modo he de darle a usted las gracias por su hospitalidad.

Juan, sin procurar detenerla, abre la puerta é inclinándose respetuosamente le ofrece el brazo para acompañarla. Luisa se arrebujá en las pieles, y salen al recibimiento. Juan, sintiendo el contacto de su brazo tembloroso y desnudo, la lleva hasta el carruaje; y ella, una vez dentro, señalando al retrato oculto bajo las dobleces de la falda, con una coquetería pudorosa, fina, que contrasta con su lenguaje de hasta entonces, dice:

— Si hace V. méritos puede que se lo devuelva... Y para el te yo quedo en avisarle.

El. — Me ha pagado usted la hospitalidad despojándome.

Ella (*mimosamente*). — De los arrepentidos es el reino de los cielos.

El coche arranca. Juan, aunque está sin abrigo, se mete despacio en casa, y desde la puerta, al través de los huecos que el ramaje seco y nevado deja en el cenador, donde había pensado tanto en ella, ve alejarse el coche que se lleva sus ilusiones. La mujer soñada era vulgar, frívola y egoísta, incapaz de ser amante é indigna de llegar a madre... La luz del alba, blanquecina y difusa, parece envolver la calle en una niebla triste y sucia que no puede rasgar el sol.

Juan entra y se queda un instante pensativo en medio de su cuarto:

— ¡Qué hermosa es... y qué poco vale! ¡Pobre de quien caiga en sus manos!

No, no irá jamás á recoger el retrato.

Á lo lejos se oye el trotar de los caballos. En la chimenea sólo quedan brasas menudas cubiertas de ceniza. Juan manda al criado que encienda luz en su dormitorio. El frío de la madrugada es intenso... pero aún mayor el de su desencanto.



J. O. PICÓN

Mater Dolorosa

Se sabe que ya embarcó,
se sabe que está viniendo,
y, aunque se sabe también
que si vuelve es por enfermo,
á su madre la alegría
no le coge en todo el cuerpo.

Triste cosa es lo que cuentan;
de que el chico está en los huesos,
que la fiebre se lo come,
que la tisis lo ha deshecho,
que no es sombra de su sombra
la sombra que vuelve al pueblo;
mas la madre no se affige
sino al pensar que aun va lejos,
pues así que pueda verle
y abrazarle... ¡tanto cielo!...
ya habrá hecho Dios bastante:
lo demás lo harán sus besos.

Así llega el día ansiado
de saberse que el buen puerto
toca ya el buque fantasma
de las madres, cuyos sueños
enturbia trágicamente
el vapor que traen enfermos.

Y al fin, tras de espera tanta,
se oye un tren, retumba el eco
del rodaje que entre sombras
se acerca rugiente al pueblo,
y, con torva magestad,
llega, silba y para en seco.
Dos gritos de amor, al punto,
con sublime llamamiento,
brotan á la par, se encuentran,
y en un abrazo supremo
se confunden hijo y madre,
boca á boca y pecho á pecho.

El tren, otra vez en marcha,
silva y huye sombra adentro,
y en el andén solitario,
de tibia luz al reflejo,
aun sigue aquel grupo inmóvil,
como un retablo del cielo.

Pero al cabo, ya saciada
la primera sed de besos,
toma la madre en su manos
la cabeza del enfermo
para clavarse en los ojos
que no ha visto en tanto tiempo;

y, así que la aparta un poco,
se le hiela el movimiento
al sentir que se le escapa
de las manos aquel cuerpo...
que ni mira, que ni habla,
¡que ni alienta, Dios eterno!

Y, en los brazos delirantes
que lo recogen del suelo,
forman religioso grupo
la madre y el hijo muerto.

M. Morera y Galicia

Ilustraciones de
J. Morera Galicia

EL GUADARRAMA

I

(DIARIO DE UN PINTOR)

Diciembre de 189... Madrid.—Asisten á la escena varios amigos: dos pintores, un poeta, un crítico que concurre á todos los estrenos y silba en todos... Se ha discutido el impresionismo, el academicismo, Velázquez, el Greco, Goya, la pintura de venta, la fotografía instantánea, las últimas medallas de la Exposición, Wagner, Lagartijo, Frascuelo, la luz, el sol, la luna y el firmamento!

Nieva desde anoche... De tejas arriba el espectáculo es admirable. Los campanarios y torres desbordando blancuras, que la nieve ha enmascarado con caprichosos antifaces y caretas... La cúpula de San Francisco le parece al crítico de nuestra tertulia, una cofia enorme ó papalina recién planchada... En cambio un pintor quiere ver en las torres de los Jerónimos dos bujías gastadas por las cuales se desborda y resbala la nieve como agarradiza y untosa esperma... Más lejos y entre el continuo mariposeo de los copos, adivina-

mos ventanucos y gateras de campanarios y casas, vendados por la neviza, hinchados algunos como si les hubiesen saltado un ojo... Y una ciudad nacida espontáneamente en los tejados y compuesta de guardillas de «Nacimiento», de temblorosos y encapuchados tiestos, de cuerdas tendidas por el tejado que lloran á lágrima viva chorretones blancos..., algunas jaulas de cañas, terrazas, perfiles caprichosamente recortados, fundidos en un cielo blanco, suave, que se desploma perezosamente sobre Madrid... Y oímos el silbido estridente de los trenes que nos trae en sus remolinos el viento como prolongada queja, el barullo que cocheros y mayores mueven en la calle para sacar del barro, atascados coches, barridos de escoba, lejanas voces...

Admiramos, en fin, ese Madrid dormido en la nieve, único Madrid que puede hacer soñar al trabajador artista. Porque ¡cuán tristes para él las ciudades modernas, jaulas doradas cuando no presidios á que se ata con la diaria cadena de la monotonía! ¡Qué majestuosa en cambio esta soledad de sí mismo, el mundo en blanco, lienzo vastísimo en que nadie ha trazado la primera palabra ni pintado la pincelada primera!

Algo muy parecido á esto pensábamos los artistas, cuando Dario, pintor impresionista y feroz enemigo del arte oficial, gritó con ademanes descompuestos: —¡Gracias á Dios que no nos infesta ese olor de figón greco-clásico con que apestaís los estudios! ¡Huele á naturaleza! No á tumba, á pergamino roído, á polvo de momia como en las Academias...

Conforme iba cayendo la tarde azulábase como



país de sueño el Guadarrama, con su blanquísimo y gallardo alquicel, erguido bajo un cielo de estaño.

—Apuesto cualquier cosa á que no os atrevéis con él — gritó el impresionista — ¡Mirad! Ahí tenéis la Suiza de Madrid... ¡Ahí la tenéis, encanijados madrileños! Y el paisaje ¿que es?... ¿no me silbaréis si lo digo?... pues un mundo con almas y seres en que las plantas sienten y los árboles hablan y ¡ah señores! (imitando el gesto de un célebre orador), y los crepúsculos sueñan.

Un bravo ensordecedor acogió estas palabras.

—Supongo, señores paisajistas, que en vista de este discurso decidiréis acabar de una vez con las piedras falsificadas, los arroyuelos de *Chantilly*, los montes de azúcar y los árboles de guirlache... Mirad, cuatro ó cinco horas nos bastan para plantarnos allí (señalando el Guadarrama). ¿Cómo? Coche, caballo, carne de cabra, ¡demonios fritos! ¿Dinero? Se roba. ¿Salud? Se conquista. De allí vienen las pulmonías... Allí voy yo á curarme los constipados... ¡Guerra á la rutina! ¡Quien quiera que me siga! ¡Mañana salimos para Colmenar Viejo! ¡De allí al Guadarrama! ¡De allí á las nubes!

Diciembre... ¡Y sólo tres de nosotros, embutidos en un carricoche, salimos de Madrid!

Muy luego atravesamos junto á las tapias del Paro y dirigimos una mirada al adormilado campo madrileño... de un azulado pizarroso. Es aquella misma tonalidad que deleitaba al primer paisajista madrileño y *guadarrameño*, á D. Diego Velázquez de Silva, nuestro precursor; eran los mismos solemnes y tetricos fondos velazquescos, sus ceñudos y ásperos arbolotes, sus imponentes montañas de un azul verdoso aceitunado.

Era la melancólica campiña madrileña sembrada de pueblucos y casuchas de abotijados tonos ó de barro cocido...

De pronto se pararon nuestros ruines jamelgos. Un vago temblor les sacudió... No nos explicábamos parada tan súpita. ¡Era que entrábamos en el territo-

rio de Colmenar Viejo, cuna y linaje de los toros más hidalgos de España, terror de todo caballo ó penco que no sea gallardo y fuerte! No vimos los toros, pero un enjuto serrano que viajaba con nosotros contó sabrosos lances taurinos por que había pasado allí mismo.

—¡*Cuarquiea se orvía!* repuso el mayoral.—¡Anda qué buena le dió *Frascuero* en la plaza! ¡*Arri!* ¡*Arri!* ¡*Maceo!*—Y nos refirió una de tantas hazañas de los toros colmenareños, de aquellos monumentales torazos que acometían locomotoras y coches, por no ser menos que los salamanquinos y andaluces, y manifestaban su desprecio por la civilización á cornadas... Tumbado en el camino nos pareció ver el coche con las ruedas vueltas hacia arriba, caballos relinchando de terror, viajeros subidos á los árboles ó parapetados en la caja del carretón; señoras gritando, el toro corneando cristales, hierros y pencos..., un aficionado citándole desde respetable distancia con la manta zamorana de mil colores...

El silencio era solemne: tan sólo el hambriento graznido de aguiluchos y milanos lo interrumpía, ó el frío «adiós» de algún caminante, arrebujado en su manta, como esos viejos venerables, anunciantes del invierno en los calendarios.

Habíamos pasado á un relativo galope por el pueblo de Colmenar, con su severa y grandísima iglesia alzada quizás por algún pomposo discípulo del magnífico Herrera... y salimos de los callejones en cuesta,





á que se agarran las casucas como el caracol á la tapia; vímonos ya en pleno campo guadarrameño.

— ¡Salve, oh sierra! — gritamos. Porque la gozábamos, no ya como lejano sueño, desde la terraza del estudio ó más cerca, en los alegres domingos madrileños del Pardo, recortando el limpio cielo azul con la dentadura blanquísima de sus picos y muelas, sino como verdad y realidad. ¡Y qué hermosa estaba, blanca, como transparente y colossal cimera de un cristal raspado en que la nieve había formado platerescos caprichos!

Á todo esto, por su falda y laderas asomaban enormes lomos de castillejos y pedruscos, algo como inmenso *Coloseo* derrumbado y esparcido. Y allá, muy, muy lejos, el pueblecillo de *Chozas*, lo más serrano y agreste de la Sierra, pálidamente se esfumaba.

Ya la luz iba declinando. Aparecíase el paisaje torvo, ceñudo. Aquellos plácidos paisajes adormidos en su mortaja de nieve, que se nos aparecían en su impasible reposo cual un mundo petrificado, adquirirían de pronto como vida y voz y transformábase en horrisonas negruras, en resplandores infernales y blancas caricias de luz. Una gasa azulada, así como grosera estampa de terremotos y tinieblas, iba agostando los campos... En medio del camino, daba la nota del paisaje serrano un carro parado del que tiraban dos colosales, negros, bueyes y del que se desprendía olor de silvestres plantas

y rústicos jaramagos. En aquel artefacto primitivo, hubieran podido viajar los hombres de la raza de Cormón, el pintor de las cavernas.

Ya estábamos en el hoy llamado *Miraflores de la Sierra*, *Porquerizas* ayer. *Porquerizas* era y debía serlo, si un día la Reina D.^a Isabel la II (aquella en cuya realcía y gobierno creen aún los agrestes serranos cuando reciben en las elecciones escudos y duros), encantada de la multitud de las flores desparramadas por aquellos prados, no hubiera perfumado al pueblo dándole un nombre que huele á frescura, á tembloroso rocío, á ese sabroso y húmedo requesón que parece la nieve del Guadarrama hecha dulzura y gusto! Llámese *Porquerizas* ó titúlese *Miraflores*, de su historia sabemos tan sólo que perteneció á D. Alfonso de la Cerda y luego á D.^a Leonor de Guzmán, de aquella *Favorita* que inspiró á Donizetti y pone coloradas á las mamás cuando las niñas del Paraíso del Real les preguntan su vida y milagros.

Hoy el pueblo pertenece por derecho propio al simpático secretario del Ayuntamiento D. Rufino Osete, á quien vamos á buscar á la *Audiencia*. Y ¿qué es la *Audiencia*? Pues el Ayuntamiento, como quien dice la Presidencia del Consejo, el Congreso, el Ministerio de la Gobernación de estas soledades.

D. Rufino y su amabilísima esposa nos obsequiaron á porfia. ¡Díganlo, si no, aquel ir y venir de marmeladas y compotas, de





tarros y dulceras, con que se nos llevó el gusto y el hartazgo al estómago; dígalo en fin, la tradicional llama del hogar asactado de continuo por el Ventarrón de la Sierra...!

Medio entornados los ojos oimos vagamente el plan del día siguiente. ¡Ir á la Najarra! ¡Escalar las cimas del Guadarrama! Un hombre robusto y erguido, vestido de zajones y pavero, estaba ante nosotros explicando sus planes guerreros. Era nuestro guía.

— ¡Con ustés, hasta el infierno! — dijo.

Y nos dormimos en las lejanías de un mundo soñado, recordando el escandaloso y molesto trajín de las calles madrileñas, acariciados por la augusta paz de estas montañas, en el silencio del trágico y negro pueblucho, oyendo muy lejos recias pisadas de zapatones, angustiosos ladridos de perro...

Diciembre... — ... Y ocurrió que dos jinetes malamente montados preguntaron al revolver

de un sendero de nieve á tres mujeres que cruzaban por allí, arrebuajadas en sus sayaguesas verduzcas.

— ¿Por aquí se vá á la *Morcuera*?

— ¡Anda, no saben por dónde! — dijo una.

— ¡*Pús* no lo sabe! — añadió la otra.

— ¡*Mia tú* que no saber eso! — remachó la tercera.

— ¡*Pá* chasco! ¡No lo saben! ¡*Pús* quien no lo sabe! — confirmaron las tres á un tiempo soltando la carcajada.

Emeterio, nuestro sin par guía, se encargó de conducirnos. Era éste Emeterio el *guadarramista* más jovial de la sierra. Cuando le vimos nosotros parecía una ruína ya; pero soldado, en sus mocedades, fué terror de criadas y Menegildas... Muchas seducciones contaba en su historia, acaecidas bajo las estatuas de los malhumorados reyes de piedra de la plaza de Oriente.

Era un desengañado: un *guasón* serrano y astuto para quien la nieve con sus perfidias y los barrancos y *canchos* con sus traiciones y celadas no tenían poder, ni las alimañas guarida segura.

— *Misté, señorito ¡Vestè! Fuente el Cura.*

Y á la *drecha* aquel mocetón de montaña *Caicho el Águila*. ¡*Conchi!* ¡Y cómo gruñen las *condenás* de ellas... *Misté* allá las *lajas* y la nevera. Y *aluego* la *Najarra!* ¡*Juy!* ¡Y qué mal morro tiene hoy! ¡*Aluego* la *Morcuera*, y *dende* allí, á unos *jaralitos*, *toá* la Sierra, *toá*, verán ustés si no les *ajinda* la *nevesca!*

Y aquel colosal explorador de la nieve trazaba con el dedo caminos y rayas en el fantástico país helado, inmenso mapa en blanco, cuyos rincones conocía y olfateaba, cuyos peligros y trampas eran para





él pura broma, cuyos misteriosos bajíos y escollos burlaba como piloto habilísimo que navegara por ondulado y brumoso mar de blancuras.

¡Fantástico he dicho! Habría que inventar palabras que expresaran con mayor relieve aquellas grandezas... No sé yo, ni me importa, si esta virgen nación de la nieve tiene historia como los demás países. Devánense los sesos, historiadores y eruditos, geógrafos y geólogos, para descubrir la raza, tradiciones, fauna y flora, límites y riquezas de esta caprichosa región. Para nosotros, su mayor encanto está en su soledad misma, en lo pobre de su historia, escrita sobre aquel inmenso libro en blanco, por las raras pisadas de acosadas ó hambrientas alimañas, ó de errabundos caminantes; en lo reducido de sus monumentos artísticos, pero en lo gigantesco y caprichoso de sus moles, en que se juntan todos los estilos, porque se alza el estilo supremo, el del Creador; en lo deshabitado de hombres y animales, ruidos y voces, pero en lo lleno de músicas nuevas, de soñados seres, de animados fantasmas, de apagadas orquestas en que los remolinos y vientos ejecutan salvajes y ásperas sonatas al chocar con las rocas y entrarse por las hendiduras; en la monotonía del color y de las líneas, si se las compara con el movimiento fascinador y vertiginoso de las capitales, pero en el caprichoso crear de aquella nieve, que con un mismo color engendra continuamente variadísimos y enloquecedoras formas y funda de continuo ciudades y derriba otras, y se entra y se sale con sacudidas de mar y zalameros caprichos de ola: mundo, en fin, que se hace y se deshace con el polvillo de la nieve, como para satisfacer

los nervios de un caprichoso tirano del arte sediento de formas nuevas y harto de vulgaridades rutinarias!

Tal fué nuestra primera impresión de silencioso asombro cuando empinados en nuestros jamelgos, íbamos entrando por el Guadarrama. Revueltos arroyuelos nos detenían y jugueteaban con los caballos; lo duro de la nieve sitiábanos á veces; y el mariposeo continuo y revoloteador de los copos danzaba ante nuestros ojos como insectos de blancura purísima que nos asaltarán furibundos... Á la mano derecha el *Cancho del Águila* se dibujaba tosco y siniestro como ciudad y mansión de imperiales voladores que tuvieran su *Wallhala* en aquellas alturas: á la derecha la *Najarra* como un mineral gigante que se hubiese cristalizado conglomerándose en una maraña de piedra, de reflejos cenicientos, de murallones negros y esquinosos en que la nieve parecía estrellarse furibunda.

Eran *Cancho del Águila* y la *Najarra*, los dos primeros modelos de la arquitectura de montañas que admirábamos: dos grandes fortalezas de nieve colocadas enfrente como para embestirse, ¡pero tan trágica, tan meditabunda, la primera! ¡tan luminosa, espumante y soñadora, la segunda! ¡Y aun no habíamos llegado á las eminencias de la sierra! Mi caballo se adelantó unos pasos: la vista enterrada en blancuras se iba enturbiando como si aquella venda blanca de leguas y leguas de extensión la enmascarara...

RODRIGO SORIANO

(Continuará)



EXCMO. SR. D. MANUEL DURAN Y BAS
CARBON POR R. CASAS



CITA DE CAZA
COMPOSICION DE F. DOMINGO



ORILLAS DEL TER
COMPOSICION DE J. PAHISSA



SEMANA DE PASION. MERCADO DE PALMAS EN BARCELONA
COMPOSICION DE MAS Y FONDEVILA





INSTALACIÓN DE LA CASA DE HERMENEGILDO MIRALLES, DE BARCELONA, EN LA EXPOSICIÓN DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS EN MADRID 1897



JIMENEZ & LAMOTHE

**OLD BRANDY
COGNAC**
PURO DE VINO



**MALAGA
MANZANARES**



DE
VENTA
EN
TODAS
PARTES

OBRAS COMPLETAS
DE
PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- | | |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,
<i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.
Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto... | 9. Sotileza. |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera. | 10. El sabor de la tierra. |
| 4. De tal palo, tal astilla. | 11. La puchera. |
| 5. Escenas montaÑesas. | 12. La Montálvez. |
| 6. Tipos y paisajes. | 13. Pedro Sánchez. |
| 7. Esbozos y rasguños. | 14. Nubes de estío. |
| | 15. Peñas arriba. |
| | 16. Al primer vuelo. |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

DISCURSOS
leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas

PANORAMA NACIONAL BELLERZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS



Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadrados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,

fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO 20 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •